

Mira aquellas dos huestes silenciosas  
 marchando enfurecidas al encuentro;  
 á la señal ansiada de sus jefes,  
 á los que el odio y el rencor divide,  
 han detenido su rabiosa marcha  
 para trabar combate en la llanura...  
 Escucha sus clamores, discordantes;  
 ¿te estremeces de miedo? Este es su canto.

«Acudid, acudid todas,  
 acudid, aves rapaces,  
 halcones, mochuelos, águilas,  
 buitres, cuervos y sanguales.  
 Acudid, acudid todas  
 volando hacia aquellos valles  
 que como tumbas inmensas  
 entre los montes se abren.  
 Que al golpe de nuestra espada  
 el enemigo cobarde  
 vencido por siempre caiga  
 mientras este día cae.  
 Ha terminado ya el rezo  
 de los salmos de la tarde;  
 el sacerdote perjuro  
 que sigue sus estandartes  
 sus vísperas postrimeras  
 acaba ya de rezarle,  
 y á nuestras filas el nuestro  
 su bendición viene á darles.»

Halbert, barón normando valeroso,  
 y Ronán, joven príncipe de Gales,  
 van á medir aquí todas sus fuerzas;  
 los normandos son fuertes y son diestros,  
 los de Gales ardientes y atrevidos;  
 aquéllos van cubiertos y cargados

con duras y sonoras armaduras;  
 éstos, para cubrir su frente horrible,  
 vaciando la cabeza de los lobos  
 se hacen un casco armado de sus dientes.

«¿Qué nos importan las quejas  
 de las viudas y los huérfanos?  
 Mañana por la mañana  
 en el río lavaremos,  
 teñidos de sangre y barro,  
 nuestros fatigados miembros.  
 Estrechemos nuestras filas  
 y nuestras tiendas quememos;  
 que nuestras roncas trompetas,  
 el espacio ensordeciendo,  
 del despreciado enemigo  
 hielen la sangre en el cuerpo.  
 En vano su vil enjambre  
 se va ya desenvolviendo,  
 pues cada surco que pisan  
 sólo será para ellos  
 enorme hilera de fosas  
 en su propio cementerio.»

La señal está dada en ambas huestes.  
 Entre olas de polvo que las cubren  
 con pasos cortos vuelan como el rayo...  
 Cual dos caballos negros que se ciegan  
 y devoran el freno espumeantes,  
 como dos grandes toros frente á frente,  
 que enfurecidos en los valles luchan,  
 las dos moles de hierro, con estrépito  
 chocando entre sí, de un solo golpe  
 su doble frente de metal abollan.

«¡Suenan la carga, guerreros!

¡Ya por fin llegó la hora!  
 Al son del clarín normando  
 y de la sajona trompa,  
 lanzas, espadas, puñales,  
 herid sin misericordia,  
 empapaos en la sangre  
 y haced que la sangre corra.  
 Alabardas, partesanas,  
 entre corazas y cotas  
 que á vuestro empuje brioso  
 si no se parten se abollan,  
 mezclad vuestras finas puntas  
 como un zarzal que se enrosca.»

¿Dónde está el sol, pastor?—Luce entre el humo  
 como un broquel en la inflamada fragua.  
 El fuego brilla entre el vapor de sangre  
 y este valle parece desde lejos  
 un horno ardiente do se enciende el mundo;  
 diríase que en medio de este llano  
 se abrió de par en par y de improviso  
 del infierno la boca llameante.

«El juego de los gigantes  
 se prolonga con el día,  
 caballeros y bridones  
 se hunden dentro de las filas,  
 la planta del combatiente  
 se hunde dentro las heridas  
 de los roncós moribundos  
 que maldiciéndole espiran.  
 ¡Avancemos, avancemos  
 que el enemigo vacila!  
 El peón muerde con rabia  
 desangrándose en su herida  
 el pretal de fino acero

de su corcel que relincha,  
 los caballos se estremecen,  
 las mazas se arremolinan  
 y con estrépito acaban  
 con hombres, brutos y vidas.»

Negro caos de hombres y caballos  
 y de armas empujándose con rabia.  
 Los de Gales cubiertos con sus pieles,  
 que chorrean de sangre ennegrecida,  
 se lanzan sobre picas y broqueles  
 con ímpetu de fieras y se empeñan  
 en morir con sus fieles camaradas,  
 cercando á los normandos caballeros  
 inmóviles cual negras ciudadelas  
 en sus grandes caballos de pelea.

«Que los que rompen su espada  
 luchén con uñas y dientes,  
 si quieren huir del hambre  
 de los lobos que les huelen.  
 No hagáis ningún prisionero,  
 ni un esclavo solamente.  
 Si de morir es la hora,  
 muramos como valientes  
 donde nuestros compañeros  
 dándonos ejemplo mueren.  
 Que mañana, si el sol sale,  
 cuando radiante se eleve,  
 vea aún trozos de espada  
 donde la sangre chorree  
 que enteras ó mutiladas  
 nuestras dos manos estrechen.»

¡Ven conmigo, pastor! La noche cae,  
 corre la sangre y el furor aumenta.

Con golpes más furiosos y cercanos  
chispea sin cesar cada armadura;  
los caballos, sin freno, enloquecidos,  
rompen y aumentan la feroz pelea...  
¡Ven, dejemos que acabe con la noche  
tan sangrienta y feroz carnicería!  
Estos hombres rabiosos y anhelantes  
en esta lucha sin perdón, sin tregua,  
descansarán mañana  
vencedores ó muertos.

Septiembre, 1825.

BALADA OCTAVA

LOS DOS ARQUEROS

Señoras, oid un cuento lamentable.

BAIF.

En el instante fúnebre  
en que es la noche tan y tan oscura  
que se tiembla de espanto á cada paso  
temiendo despertar entre las sombras  
á un demonio embriagado todavía  
del banquete del sábado; el momento  
en que hilvanando apenas su plegaria  
se precipita el viajero triste

á través de los claros de la selva;  
cuando se habla en voz baja solamente,  
dos arqueros pasaban por el valle.  
Allí una torre aislada se levanta  
construída en tres noches,  
según dicen los viejos,  
por un santo ermitaño centenario  
que movía las piedras  
haciendo de la cruz la señal santa  
cuando los reyes nuestros cristianísimos  
marchaban á morir á Palestina.

Los dos arqueros, sin temer la hora,  
en lugar tan sombrío y taciturno  
encendieron tranquilos una hoguera;  
después, poniendo en tierra sus bocinas,  
se sentaron gozosos  
sobre un santo yacente de granito,  
cuya grosera imagen,  
juntas las manos, fija la mirada,  
parecía dormir en santos éxtasis.

El hogar encendido despedía  
claridades fantásticas  
sobre la torre, el bosque y las montañas;  
los oscuros mochuelos  
se escondían miedosos  
de los viejos casares en el fondo,  
y los tristes murciélagos, volando  
al aquelarre impúdico,  
agitaban las llamas  
con sus alas armadas de uñas negras.

El arquero más viejo dijo al joven:  
—¿Ya llevas el cilicio?  
Y contestóle el otro:

—¿Ya observas tú el ayuno?...  
 Y soltaron los dos la carcajada.  
 De repente se oyeron á lo lejos  
 mil risas sucediéndose sin tregua.  
 El valle era desierto y solitario,  
 la obscuridad profunda,  
 y dijeron los dos, regocijados:  
 —¡Hasta el eco se ríe en la hondonada!

De pronto, á sus miradas insultantes  
 un resplandor rastrero serpentea  
 en azulados surcos por los montes;  
 sin inmutarles nada, los blasfemos  
 echaron á la hoguera más astillas,  
 diciendo: —Es el reflejo de esta lumbre  
 luciendo en el espejo inmaculado  
 de las cascadas próximas.

Aquel eco—¡hijos míos, asustaos!—  
 era Satán riendo en las colinas,  
 y reflejo emanado de su cuerpo  
 era aquella luz pálida,  
 la misma luz que enciende en las tinieblas  
 de nuestros sueños fúnebres  
 el rayo sulfuroso  
 que viene del infierno.

Al profano bullicio  
 de su alegría incrédula y culpable  
 acudió como un lobo  
 Satán hacia su presa;  
 sus ojos inflamados  
 erraban en la sombra  
 fijos en los arqueros.  
 —«Reid y blasfemad en vuestros ocios.  
 ¡Yo he de helar la sonrisa

en vuestros locos labios  
 para haceros temblar de horror convulsos!»

~~~~~  
 A la aurora siguiente, en la ceniza  
 de la apagada hoguera de la noche,  
 se veía la huella  
 de una pezuña grande y ahorquillada.  
 El valle estuvo quieto y silencioso  
 durante todo el día;  
 pero á la media noche, los pastores  
 vieron aparecer súbitamente,  
 en el lugar donde brilló la lumbre,  
 una llama azulada  
 que no subía al cielo.

Después, siguiendo el suelo tortuoso,  
 arrastrándose lívida,  
 estallaba en convulsas carcajadas,  
 y los pobres pastores  
 se escondieron de miedo temblorosos  
 sin distinguir á aquellos condenados,  
 y en su terror profundo  
 no concebían el feroz tormento  
 que implicaban sus risas estridentes.

Dicen que desde entonces, cada noche,  
 en los desiertos montes, en las selvas,  
 la hoguera incandescente  
 despedía fantásticos fulgores,  
 y al eco palpitante de sus risas  
 los oscuros mochuelos  
 se escondían miedosos  
 de los viejos casares en el fondo,

y los tristes murciélagos, volando  
al aquelarre impúdico,  
agitaban la llama  
con sus alas armadas de uñas negras.

Antes de que la aurora despuntara  
nada apagaba aquella llama fúnebre.

Si al rugir la tormenta  
el vendabal bramaba enronquecido  
ó vertían las nubes sus torrentes,  
se oían las sonoras carcajadas  
tan altas como el rayo  
á compás de los truenos,  
y la llama, inflamándose sulfúrea,  
se agrandaba elevándose en el aire  
cual para unir sus luces  
á la súbita luz de los relámpagos.

Finalmente, una noche,  
levantándose el santo de granito  
de la gigante piedra,  
armado con el santo escapulario  
y el bendecido ramo, con voz sorda,  
—espantable exorcista  
del infernal prodigio,—  
extendiendo sus brazos gigantescos:  
—¡Dios me asista!,—sus labios murmuraron.

Entonces humo, llamas, risas, fósforo,  
todo extinguióse al punto.

A la sonriente aurora, se encontraron  
sentados sobre el santo de granito  
fríos y yertos á los dos arqueros...

Se les dió sepultura;  
y el señor de la aldea,  
cumpliendo su promesa fervorosa

de fundar una misa,  
á su muerte legó cinco dineros.

Si nos enseña algo este relato,  
—hijos míos, qué importa,—  
no se le ha de juzgar, sino creerlo.  
Pero... ¿Creerlo he dicho?  
¡Están tan lejos ya aquellas edades!...  
Uno tan sólo á medias  
se entrega á las creencias. Nadie, hoy día,  
en nuestra ciega edad que se envanece,  
con sus ciencias y locos adelantos  
sabe caer de hinojos.

Julio, 1825.

BALADA NOVENA

ÓYEME, MARIANA (\*)

Amame, pues, ahora que eres bellá.

ROUSSEAU.

Oye, escúchame, Mariana;  
la llanura se engalana

(\*) El original dice Magdalena, así como al final «Yo soy el conde Ruiflor» sustituye á «Yo soy el conde Roger». Ambas sustituciones, que no tienen importancia alguna, no obedecen á otra causa que á la fuerza del consonante.—(N. del T.)

que aún ayer heló el invierno;  
ven al bosque en que me deja  
solo mi gente, y se aleja  
tras de los toques del cuerno.

¡Ven! Diríase, Mariana,  
que la primavera ufana  
que da á la rosa colores,  
esta noche, por placerte,  
encima del brezo vierte  
su manto lleno de flores.

¡Si yo fuera, oh mi Mariana,  
el cordero cuya lana  
tu mano amorosa peina!  
¡Si fuera el ave veloz  
que obedeciendo á tu voz  
cruza el espacio do reina!

¡Si pudiera ser, Mariana,  
de la ermita Tombalana  
el piadoso tribunal,  
cuando haces á sus oídos  
de pecados escondidos  
la confesión virginal!

¡Si yo tuviera, Mariana,  
al acostarte mañana,  
el ojo de mariposa  
que con su ala indiscreta  
de tu celdita secreta  
bate los vidrios ansiosa!

Cuando tu seno, Mariana,  
de tu corpiño de lana  
libre al fin, sale turgente  
y por no verte desnuda

sobre el espejo tu muda  
arrojas, niña inocente,

llena estaría, Mariana,  
si quisieras, tu solana  
de pajes y de mesnadas  
y de tu oratorio un velo  
cubriera de terciopelo  
la piedra de sus arcadas.

Si tú quisieras, Mariana,  
en vez de la mejorana  
que adorna tu capuchón,  
llevarías de marquesa  
corona, ó de baronesa,  
cuya es la perla el florón.

Si tú quisieras, Mariana,  
yo te haría castellana;  
yo soy el conde Ruiflor;  
deja por mí esas praderas  
á no ser que tú prefieras  
que me ponga yo á pastor.

Septiembre, 1825.

## BALADA DÉCIMA

## A UN CAMINANTE

Cuando el sol traspone,  
tú que vas buscando  
fortuna,  
ten cuidado en no caer;  
la tierra, al atardecer,  
es oscura.  
El Océano engañoso  
cubre de vapor  
la duna.  
Mira; en el horizonte,  
ninguna casa,  
¡ninguna!  
Más de un ladrón te sigue;  
esto, de noche,  
es cosa corriente.  
Las señoras de los bosques  
á veces nos guardan  
rencor.  
Salen á vagar;  
teme el encontrar  
á alguna.  
Los duendes del aire  
van á bailar á la claridad  
de la luna (1).

*La canción del loco.*

Viajero que de noche y acompañado  
de tu perro traspasas el empedrado,  
después de tu carrera de todo el día,  
¿por qué sigues tu marcha, dí, todavía?  
¿Hacia dónde diriges el paso lento  
de tu noble caballo, mudo y sediento?

(1) Traducción literal, por la dificultad de ponerla en verso conservando el metro.—(N. del T.).

¡La noche! ¿No te espanta que en la llanura  
te asalte del bandido la vil figura,  
el puñal en la mano, la espada al cinto,  
ó que junto al ruinoso, feudal recinto  
te sorprendan los lobos en la espesura  
despreciando la chispa que la herradura  
de tu caballo enciende sobre la piedra  
y que de un solo salto, dí, no te arredra,  
á tu silla se agarren ¡ay! impacientes  
de devorar tus huesos entre sus dientes?

¿No temes sobre todo que á aquella hora,  
bajo tus pies tendiendo senda traidora,  
el duende, renovando tiempos pasados,  
lleve tus pasos sordos y fatigados  
hacia algún edificio, cuyas vidrieras  
brillan allá á lo lejos en las praderas,  
do adivina la mente la chimenea  
donde el faisán dorado chisporrotea  
que en las soberbias mesas los pajes dejan,  
pero cuyas vidrieras siempre se alejan?

Viajero: no penetres en la llanura  
donde al tender la noche su sombra oscura  
se junta el aquelarre, y en donde ahullando  
los malditos demonios pasan bailando;  
rehuye aquellas luces y aquellos muros  
del Señor maldecidos, viles é impuros;  
no vayas al castillo del que el infierno  
el destino conoce fatal y eterno  
y que, desierto y mudo durante el día,  
cuando llega la noche negra y sombría  
inflama sus vidrieras iluminadas  
que lucen en la sombra multiplicadas.

Solitario viajero, que acompañado

de tu perro te alejas precipitado;  
después de todo un día de marcha dura,  
cuando brinda al descanso la noche oscura,  
¿hacia dónde, tan tarde, sin un acento,  
diriges tu caballo mudo y sediento?

Octubre, 1825.

BALADA UNDÉCIMA

A PABLO

LA CAZA DEL BURGRAVE (\*)

Un viejo fauno se reía de ello  
en su gruta salvaje.

SEGRAIS.

«Dígnate proteger nuestra caza; [urna de la] reliquia de monseñor san Godofredo, rey.

(\*) A pesar de nuestros esfuerzos en varias tentativas, hemos de renunciar á la traducción en verso de esta balada y la que sigue. Su lacónica estructura (estrofas de cuatro versos, de nueve sílabas los primero y tercero y de una ó dos los segundo y cuarto, en esta balada; y de ocho versos de cuatro sílabas los impares y de tres los pares, en la balada que sigue) hace imposible su versificación en castellano. de no renunciar á la fidelidad en la versión de los conceptos á que nos hemos sujetado durante la traducción de todo el presente volumen, y de no darle un corte extraordinariamente apartado del origi-

»Si haces lo que yo deseo, Señor, te edificaremos una hermosa tumba;

»Además te daré una trompa de caza, y hasta un dosel nuevo con pesadas colgaduras de terciopelo,

»¡Con diez velas de cera, Señor! Pues te rogamos [arrodillados] sobre las dos rodillas,

»Nos, que nacidos de buenos gentileshombres, somos el señor burgrave Alejo VI.»

Esto es lo que dice el burgrave, grave, á la tumba fría de san Godofredo.

«Paje, llena mi escarcela. Ensilla mi caballo de Calatrava, ve.

»Montero, ve á invitar al conde. Explicale que mi jauría ladra en mis patios. ¡Corre!

»Arqueros, mis compañeros de fiestas, afilad vuestros venablos y limpiad vuestros clarines.

»Esta noche tendremos una comida opípara, á la que no admitiréis más que á ellos, maestro cocinero.

»¡A la caza, amigos! Yo os invito. ¡Pronto! ¡A la caza! ¡Vamos á correr los ciervos, vasallos!»

nal, que es fácil, descriptivo y brillante. Así hemos preferido ofrecer al lector una mera traducción en prosa, literariamente muy modesta por lo muy literal, y añadiendo sólo entre claudatur lo que ni el mismo original dice; á causa de su sobria factura; obligando á que se supla el sentido por el contexto.—(N. del T.).



Se marcha, y madama Isabel, hermosa, dice alegremente desde lo alto de las murallas: «¡Ve!»

Todos los cazadores están en la llanura, llena de rozagantes señores y de colorados senescales.

No hay más que bailes y curas, perros viejos en [saber batir un monte y] cercar á paso lento el oso.

Damas de brillante porte, pajes, alconeros, clérigos y enanos poco benignos.

¡A la caza!—El amo en persona toca. ¡Huid! ¡Ahí están los paladines, ciervos!

¡No hay para vosotros conde soberano peor que el viejo burgrave Alejo VI!

¡Huid!—Pero por el espacio pasa un ciervo y desaparece como el claro rayo.

«¡Sús, perros! ¡Sús, hombres! Sumas de plata y oro pagarán cara su carne.

»¡Mi castillo por ese ciervo!—Madrina, reina de los hermosos silfos y de los feos duendes,

»dame su cornamenta por trofeo, hada madre del valiente y hermana del cazador.

»Todo lo que un cura da á madona, yo te lo prometo ahora, sí.

»Nuestra mano, tu sierva y súbdita, derriba á aquel hermoso ciervo que huye allá abajo.»

Temiendo la injuria del Cazador Negro, el viejo burgrave, jadeando, jura tanto,

que su jauría, que ladra, alcanza con los dientes al pobre animal, tratándole de mala manera.

Huye. La malévola bandada vuela sobre su rastro y corre por el atajo.

¡Adiós cercado, llanuras matizadas, prados, verjeles, jardines enarenados, trigos!

El ciervo, escapando á todo correr, bala; un verde bosque se presenta á su carrera.

Él oye sobre su rastro perros de cuya raza tendríais envidia, lobos;

monteros, ardientes jacas hijas de aquellos temidos garañones de largas crines.

Sus costados, que ciñen blancos arneses, echan sangre con las frecuentes picadas de los prontos espolones.

El ciervo, al que engaña el sonido de la trompa, se lanza al espeso bosque... ¡Silencio!

¡Ay! En vano! La jauría busca, busca, y allí repercutes todavía, clarín.

¿A dónde huir? En el lago. Se sumerge en él y costea la orilla, donde cuelga más de un zarzal.

¡Ah! ¡Permanece en las aguas del agreste lago!  
¡Ay, pobre ciervo acorralado, bebe!

La trompetería atrailla contra ti la jauría, y mon-  
teros tocando el oboe...

Los solapados arqueros que te esperan, tienden  
sus arcos en el espesor del bosque... ¡Bebe!

Están ávidos de carnicería; nada, esto es ya tu  
única esperanza. Pero

el enjambre, al que su carne palpitante incita, se  
hunde detrás de él en el profundo lago.

Sale.—¡Ya no hay esperanza que te engañe! Se  
acerca la hora en que todo ha terminado para ti. Ni

tus ligeros pies, ni san Marcos de Leyde, el auxilio  
del ciervo, al que, medio muerto, muerde un perro,

te salvarán de los seguros mordiscos de los rojos  
sabuesos, encendidos de rabia.

Mira esos perros que un siervo bajo y cobarde  
suelta; mira cerca los venablos prontos á herir.

¡Muere, pues! La cruel clarinería canta tu caída  
en medio de clamores. ¡Muere!

Y esta noche, en las deleitosas mesas, serás un ex-  
celente manjar; pero

te han vengado.—[La] infanta de Austria hace fu-  
llerías cuando el himeneo le da un buen vejancón.

Y el buen conde no cuenta con la huésped. Y re-  
gresas, aunque fatigado, contento.

Y mientras tu sangre chorrea, la que se casó con  
el conde Alejo VI,

en la frente arrugada del burgrave grava también,  
pobre ciervo, una cornamenta; así es

que á boca de noche, obscura, después de un día  
tan accidentado, sois dos que entráis en la villa.

Enero, 1828.

BALADA DUODÉCIMA

EL TORNEO DEL REY JUAN

Se rompieron [en el torneo] más  
de seiscientas lanzas; se peleó á pie  
y á caballo, en la estacada, á espada  
y á pica, con que doquiera los man-  
tenedores y los asaltantes no hicie-  
ron cosa que no respondiera á la  
alta estima que ya se habían gana-  
do; lo que hizo resaltar doblemente  
aquellos torneos. En fin, en el últi-  
mo, un gentilhomme llamado de  
Fontaines, cuñado de Chandiou,  
gran preboste de los mariscales, fué  
herido de muerte; y, además, en el  
segundo, Saint-Aubin, otro gentil-  
hombre, fué muerto de una lanzada.

*Antigua crónica.*

Ea, escudero, que ensillen mi fiel caballo de bata-  
lla. Mi corazón se oprime de alegría cuando siento el  
roce del estribo.

¡Por san Gil! Vámonos, mi ágil alazán; oye, ven á ver por el camino la justa del rey Juan.

[En buen hora] que un gordinflón carmelitano archivero tenga por arma el tintero; que se desgañite rogando una niña.

[Pero] nosotros, que somos de parte de Dios hidalgos de buena familia, hemos de meter ruido en la tierra, y [para nosotros] la guerra no es más que un juego.

Mi alma curtida rabiaba, pues mi acero, al que roía este moho que lo ensucia, se convertía en una rueda.

Esa ciudad [cuyo vocerío se oye desde tan lejos], que perfila su frente gris, con techos frágiles, cien torrecillas [y] agudos campanarios, es París.

¡Qué gentío, por mi fe, se desliza como un río y se abalanza revuelto por la calle de Saint-Marceau!

[He aquí, estamos delante de] Nuestra Señora. ¡Qué hermoso es esto! Por mi alma de cuervo, quisiera ser clérigo ó cura para tener ahí mi tumba.

Las cuadrillas, las canciones mezclan á mozos y mozas. ¡Qué fiestas! ¡Cuántas cabezas en los altos de las casas!

Un bergante vestido de nuevo toca y sopla como un buey una marcha de Luzarco, [deteniéndose] á cada arco del Puente Nuevo.

¡El antiguo Louvre!—Ancho y pesado, no se abre

más que en el gran día, aprisiona la corona y zumba en su torre.

¡Loor á las damas! ¡Loor al rey! Mira los gallardetes del palenque, donde la multitud se estruja, brama y rueda como un oleaje.

¡Ea! ¡Piquemos espuelas sin esperar! Con los ojos enternecidos, ataquemos desde nuestra silla á las doncellas sonrosadas [y] hermosas [que hay] en los balcones.

Saulx-Tavane, el bribón, se pavonea, y Chabot, que espadachinea, [siendo] jorobado, se burla de monseñor Fontraille, el pie de piña.

Allá Sergio, que hizo voto de ir virgen al Santo Lugar; allá Lotario, duque sin tierra, [y] Salvatierra, diablo y Dios.

El vidame de Conflans sigue á su dama á paso reposado, y más de una se importuna por la morena de los brazos blancos.

Allá arriba, encima de aquella pared, brilla sola Isolda, niña de límpida frente; allá abajo, solas, innumerables abuelas que llevan gules sobre fondo azul.

En la liza mira todavía á Berta, Alicia, Leónor, á la dama Irene, tu madrina, y á la reina, [vestida] toda de oro.

La dama Irene habla así: «¡Cómo! ¡La reina triste aquí!» Dice su Alteza: «Condesa, tengo tristeza y zozobra.»

Empiezan. [Suenan] la campana de señales. ¡Lanzadas, gritos de espanto! Se abalanzan, se degüellan, ¡por san Jorge! ¡Por el rey!

La baraúnda, [como] ola de hierro, pega, chilla, llena el aire, y da vueltas y muge, espesa como una oleada en el mar.

En el llano, un relámpago se pasea vasto y claro; ¡qué mescolanzas! ¡Sangre y franjas [galones]! ¡Placeres de ángeles! ¡Ruido de infierno!

¡Sús, mi caballo, [ten ánimo, de manera] que yo pueda hacer buen recibimiento á ese [grandullón de color] gris!, [ó] no te pongo al alcance para tu regalo más paja ni más salvado

que visajes puede hacer, rezando, un lego gordo, fresco y regalón [ansioso de buenos bocados] cuando mendiga por las plazas por donde tú pasas.

En la refriega, [como] lirio tronchado, ha caído un hermoso paje. Se desvanece, entrega el alma, reclama un abate.

La charanga de sonos de oro, que te asusta, toca todavía por su caída; ¡triste lucha de la flauta y el cuerno! [clarín].

Monjes [y] vírgenes llevarán grandes cirios junto á su frente; y en la sombra del sombrío lugar dos ojos oscuros llorarán.

Porque la dama Isabel sigue su alma á la tumba. ¡Cuántos disgustos, cuántas lágrimas!... Un torneo es muy hermoso.

Ea, hermano mío, ven, volvamos á tomar nuestro aire de barones. Anda más deprisa, porque en el albergue que nos invita encontraremos

tú la avena de la mañana, yo al monje Agustín, aquel santo varón, según Roma, que me abruma de latín,

y consigna en romano cualquier prodigio de mi mano, que por encargo mío anota en un ancho pergamino.

Un verdadero señor castellano deja escribir al villano; su mano digna, cuando firma, rasga la vitela.

Junio, 1828.

---

BALADA DÉCIMATERCERA

A M. LOUIS BOULANGER

LA LEYENDA DE LA MONJA

*Acabóse vuestro bien,  
y vuestros rosales no maban.*

Reproches al rey Rodrigo.

Venid, vosotras cuyos ojos brillan,  
y os contaré otra historia; aproximaos:

es la de Doña Flor, la de Padilla (1).  
Era de Alanje, donde se aglomeran  
los jarales, malezas y colinas.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Hay moza que por una serenata  
(las hay así en Granada y en Sevilla)  
piden gracia al amor; las hay que al pronto  
abrazan de la noche á la caída  
al atrevido y noble caballero  
que la tarde anterior les diera cita.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

A doña Flor, en cambio, nada de esto  
con motivo achacársele podía,  
pues no han brillado en ojos españoles  
con mayor castidad otras pupilas;  
de los que van á caza de las mozas  
debajo de los chopos, ella huía.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Nada ablandaba aquel corazón duro:  
ni promesas de amor ni de alegría;  
por un sí de unos labios encarnados,  
por unos ojos que piadosos miran,

(1) *Doña Padilla del Flor* dice el original, y en el original puede pasar, porque es en francés. Pero como quiera que esta traducción, siquiera sea del más modesto, pretende un lugar en la literatura castellana, y no pueden conocerla más que los que de ésta se ocupan más ó menos, nos permitimos cambiar el nombre de la heroína de esta Balada por el de Doña Flor de Padilla, que está más en consonancia con los nombres tradicionales de nuestros romances.

que no hay nada que no hagan bachilleres  
y señores también, cosa es sabida.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Pues ella tomó el hábito en Toledo  
con gran contentamiento de la villa,  
cual si, no siendo una muchacha fea,  
el casarse con Dios fuera obra lícita.  
Poco faltó para que bachilleres  
y soldados soltaran lagrimitas...  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Pero «vivir y orar lejos del mundo  
para los que son malos, ¡oh qué dicha!  
¡Y qué paz tan profunda allá en el coro  
y en mis rezos también,—ella decía,—  
que si el demonio allí nos amenaza  
nos dará amparo el ángel que nos guía!»  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Y apenas enclaustrada la hechicera,  
en su pecho el amor halló guarida.  
De la comarca vino un bribonazo  
y dijo: —«¡Aquí estoy yo!», que en osadía  
algunas veces ganan los bribones  
hasta á los mismos caballeros, hijas.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Sus manos eran duras como el cuero,  
su cara fea y de facciones rígidas,  
pero tiene el amor tantos misterios  
que de él quedó prendada la monjita;

hay corzas que prefieren jabalies  
á sus corzos de estampa tan bonita.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Para entrar en la santa casa, á veces,  
el bandido vestía de eremita  
el traje y el silicio, y á menudo  
con la cota de malla se vestía  
donde la roja cruz (1) de los templarios  
sobre el pecho brillante se divisa.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Dió crédito de noche á aquel bandido,  
según diz que las crónicas explican;  
el diablo guiaba á los amantes  
y los juntaba en amorosa cita  
ante el sagrado altar de la Verónica  
cuando se pone el sol y acaba el día,  
y volando á millares en la sombra  
los cuervos graznan y el mochuelo chilla.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Doña Flor anhelaba, ¡sacrilegio!,  
de su vida olvidándose en un día,  
en el recinto de la misma iglesia  
darse al amor cual virgen sin mancilla  
y á los infiernos darse como santa  
hasta la hora plácida y tranquila  
en que en sus plateados candelabros

(1) La cruz de los Templarios en España, como en todas partes,  
era roja sobre blanco. El original dice *les croix noires des templiers*.

(N. del T.)

los cirios apagándose vacilan.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Cuando bajó á la nave solitaria  
y al bandido llamó como solía,  
le contestó de un rayo el ronco trueno  
en lugar de la voz apetecida.  
Unidos por Satán, así Dios quiso  
que un rayo terminara con sus vidas.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Hoy el pastor, con el furor divino  
animando esta historia tan verídica,  
os muestra en la pendiente de un barranco  
los restos de una iglesia ennegrecida,  
y dos antiguas torres agrietadas  
cuyo abrigo al rebaño mataría.  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

Cuando la noche obscureciendo el claustro  
fantásticas convierte, á nuestra vista,  
las dos torres del templo en dos gigantes,  
cuando se pone el sol y acaba el día  
y volando á millares en la sombra  
los cuernos graznan y el mochuelo chilla;  
*Ocultad vuestros rojos delantales  
que pasan ahora bueyes cerca, niñas.*

A media noche sale de su celda  
un fantasma con una luz que brilla,  
y la monja, arrastrándose en la sombra  
de la nave, á lo largo se desliza;  
otro fantasma sus pisadas sigue